

# Una aproximación histórica a los orígenes de Suárez<sup>1</sup>

---

*Por Luis Carlos Rodríguez Álvarez<sup>2</sup>*

**Resumen:** el texto se ocupa de uno de los aspectos más fascinantes de la vida del expresidente Marco Fidel Suárez y es el que está referido a su humilde origen y a su condición de hijo extramatrimonial, la cual era tan compleja en la época. Para el efecto, el autor también presenta una brece descripción del escenario geográfico en el que se desarrolló la infancia de este ilustre antioqueño.

**Palabras clave:** Marco Fidel Suárez, Hatoviejo, Bello (Antioquia), Rosalía Suárez

**Abstract:** the text deals with one of the most fascinating aspects of the life of ex-president Marco Fidel Suárez and is the one that refers to his humble origin and to his condition as an extra-trimomial son, which was so complex at the time. For this purpose, the author also presents a brece description of the geographical scenario in which the childhood of this illustrious Antioqueno was developed.

**Key words:** Marco Fidel Suárez, Hatoviejo, Bello (Antioquia), Rosalía Suárez

---

1 Publicado en 150 Años. Sesquicentenario del Natalicio de MARCO FIDEL SUÁREZ (1855-1927) Fundación MARÍN VIECO. Bello, abril de 2005.

2 Médico, músico, magíster en historia y doctorado en artes. Cultiva con especial predilección la historia de la música, área en la que ha publicado varios ensayos. Es miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia desde el año 2011 y ocupa el sillón N° 5.



## En torno al Hatoviejo

Según la tradición, el territorio que hoy se llama Bello fue habitado en tiempos precolombinos por varios grupos indígenas al mando del cacique Niquía. A finales del siglo XVI, el español Gaspar de Rodas fue dueño de las tierras y estableció en ellas varios hatos de ganados, corrales y rancherías. Por ser el primero en fundarse, recibió el nombre de Hatoviejo. Y a mediados del siglo XVII, vivían en él muchos inmigrantes hispanos y varias familias santafereñas y payanesas, que se ocuparon en la hacienda ganadera con algunas siembras de granos.

Así, en ese Hatoviejo de antaño se fue conformando poco a poco un caserío que, en el año de 1773, contaba con aproximadamente 700 habitantes, que trabajaban laboriosamente en cultivos y ganaderías, como también en la apertura de fincas. Dicho caserío, por decreto del 2 de diciembre de 1788, fue elevado a la categoría de Partido, primer paso en la vida civil de nuestros pueblos, dependiente del Cabildo de Medellín, y fueron nombrados alcaldes 1.º, 2.º y 3.º, respectivamente, los señores Juan Francisco Jaramillo, Miguel Tamayo y Gregorio Uribe; suscribió la disposición el gobernador don Cayetano Vuelta Lorenzana. Esos nombramientos los hacía, como es lógico, el Cabildo de Medellín; cada partido tenía un alcalde pedáneo con sus dos suplentes, 1.º y 2.º, y duraban un año en sus funciones.

Según un censo de edificios levantado en 1797, el caserío se componía de 16 casas de teja, de las que solamente una era de dos plantas, y dos capillas. No dice cuántas de paja había. El censo de 1808 le daba 17 casas de teja, 32 de paja, una iglesia y 1476 habitantes, de ellos, 313 esclavos. En este censo no aparecen contabilizadas las casas que había en la parte rural de su jurisdicción.

No se ha podido saber el año en que Hatoviejo fue erigido en distrito independiente de Medellín, pero como tal (distrito parroquial) figura en 1820. El censo levantado en 1835 le dio 1679 habitantes. En veinticinco años solo había 203 personas más. Formaba parte entonces del Cantón de Medellín. Eran sus rentas tan exiguas y la vida tan precaria en él, que la legislatura del Estado Soberano de Antioquia, por medio de una ley expedida el 5 de diciembre de 1857, eliminó el distrito de Hatoviejo y anexó su territorio a Medellín y San Pedro, correspondiéndole al primero la cabecera.

## Cambio del nombre Hatoviejo por Bello

En 1855, año en el que vino al mundo el más ilustre de los bellanitas, era alcalde de Hatoviejo don José Vélez.

El propio don Marco Fidel Suárez, en uno de los más famosos *Sueños de Luciano Pulgar* nos pinta cómo era su pueblecito:

*Esta corriente (la quebrada García) tiene de un lado el llano y del otro el pueblo, que es una calle muy larga salpicada de casas, con algunas pocas manzanas en torno del templo.*

*Surcaban el poblado hermosas quebradas de diáfanas aguas que, además de hacer a la aldea un paraíso deleitable a la vista, en el verano eran aprovechadas por los niños del lugar para bañarse (sobre todo en los “charcos” de “la taza” y de “la piedra ancha”), y pescar en ellas.*

En palabras del padre Roberto Jaramillo, en su “Oración por Suárez”:

*Era la ciudad de hoy en tiempos idos una aldea arcadiana compuesta de una calle habitada en la parte inferior de familias de alguna comodidad y en la superior guarnecida de pobres viviendas, ya unidas o distanciadas, de paredes polvorosas y techumbres barnizadas con esa pátina que da el tiempo a las casas viejas.*

*Dividíase dicha calle en dos partes para dar lugar a una plaza, no cubierta de mirtos y laureles sino vestida de mullido césped y sombreada por ceibas centenarias cuyas ramas servían de palacio a las aves del cielo y en cuyas frondas, miradas desde abajo, parecía que anidasen las estrellas; especie de ágora capaz de influir inspiración en la fantasía del poeta, o de liceo que habrían enviado los griegos para apacentar el espíritu y meditar a solas en las especulaciones de una dulce filosofía.*

*Sin duda, Dios puso su mano en embellecer y guardar esta tierra.*

Sin lugar a dudas debió ser hermoso el aspecto campesino del municipio por esos años. Un hecho de gran interés en la historia de nuestro municipio es el del cambio de nombre, pues tiene relación directa con su más ilustre hijo. El 27 de octubre de 1883, cincuenta y seis ciudadanos habitantes de Hatoviejo, entre ellos el inspector de policía José Domingo Sosa y los presbíteros Nilo Hincapié y Baltazar Vélez B., dirigieron un memorial al “ciudadano presidente” del Estado de Antioquia, pidiéndole cambiar el nombre del corregimiento de Hatoviejo por Bello. Argumentaron que la denominación *Hato* los ha hecho despreciados y humillados: es un nombre injurioso “propio solamente para una manada de cuadrúpedos que pasta en una dehesa”. Si Hatogrande cambió su denominación por el del “héroe inmortal del Bárbula”, el pueblo de Hatoviejo quiere hacerlo por el de Bello “más culto, más propio y más



digno... [nombre] del amigo y consejero de Bolívar, del gran patriarca de las letras americanas, del eminente jurisconsulto... De aquel... que merece estatuas y monumentos más duraderos que el bronce”. También aducían que el joven Marco Fidel Suárez era miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, por haber estudiado y admirado a Andrés Bello.

El cura del lugar como su coadjutor, el presbítero Baltasar Vélez y los vecinos más destacados querían que Hatoviejo se llamara Suárez. Pero atendiendo a una insinuación del hijo dilecto, se resolvió pedir al gobernador del Estado que, como Bello había sido, en cierto modo, el principal factor de la gloria de don Marco, ese sería el nombre que debería llevar la población.

## **Ascendencias de Marco Fidel Suárez**

### **Materna**

A fines del siglo XVIII vivía en San Pedro el señor Ignacio Suárez. Parece que de años atrás se había establecido allí. Hijo suyo fue Pedro Cayetano Suárez, nacido en San Pedro y quien el 6 de agosto de 1814 contrajo matrimonio en la misma población con María de los Ángeles Jaramillo. De ese matrimonio nació el 5 de mayo de 1815 Pía Suárez quien viene a ser la abuela de don Marco.

Pía Suárez tuvo dos hijas, de padre desconocido. Fueron Rosalía y Dionisia y hay quienes hablan de una tercera llamada Martina. Hasta ahora no se ha podido saber dónde nacieron Dionisia y Rosalía. De niñas vivieron en Copacabana, donde ayudaban a la madre en el lavado de ropas. De allí debieron pasar a Hatoviejo, y se establecieron en un rancho abandonado ubicado a orillas de la quebrada La García. Su trabajo les dejó con qué levantar los dos ranchos de los que se ha hablado.

Aunque doña Pía tenía ya sus hijas grandes, contrajo matrimonio en Hatoviejo con Pedro Tamayo. De esta unión existe una numerosa descendencia. Marco Fidel Suárez llamaba a los hijos de Tamayo y de doña Pía sus tíos y siempre tuvo por ellos un cariño especial. A uno de estos, Mauricio, le obsequió su “chocita” así como otra casa de mejor aspecto, situada en la “Calle arriba” también, pero que nadie supo localizar.

## **Paterna**

Antonio Alejandro Barrientos fue un personaje importante en España, a finales del siglo XVII y principios del XVIII. Luchó en los ejércitos de Su Majestad en la península ibérica y recibió señalados favores y mercedes especiales de los reyes Carlos II, el Hechizado, y de Felipe V, su sucesor. Este último lo nombró sargento general de batalla y cabo subalterno de la Plaza de Cádiz. En esa ciudad del sur de la península ibérica contrajo nupcias con doña Sebastiana Rondón.

Allí nació, el 10 de mayo de 1704, Fernando Antonio Barrientos Rondón, quien, deseoso de adquirir tierras y riquezas, viajó a América. A pesar de tener en España honores y fortuna, prefirió venir a Indias, al cumplir sus 20 años, embarcándose con rumbo a Cartagena, de donde se internó en la Provincia de Antioquia. Precisamente en Hatoviejo, en los terrenos que otrora habían poseído Gaspar de Rodas, Juan Mejía de Tobar, Juan Jaramillo Andrade, Francisco Felipe Rodríguez del Manzano y Mateo Jaramillo, en el lugar denominado El Atajo, fijó Barrientos su morada. Se casó aquí con doña Inés de Celada Tobar, el 20 de noviembre de 1726. Uno de los hijos de esta unión fue Fernando Antonio Barrientos y Celada, quien unió su suerte a la señorita Manuela Ruiz y Zapata, hermana del fundador de Sonsón.

Fernando Antonio Barrientos y Celada viene a ser el tatarabuelo de Marco Fidel Suárez, por línea paterna. Hijo de los anteriores fue Enrique Barrientos Ruiz, bisabuelo de nuestro ilustre biografiado.

Enrique Barrientos Ruiz contrajo matrimonio en Medellín el 14 de enero de 1793 con Juana Villa y Tirado. Tuvieron siete hijos. El cuarto, Félix Barrientos Villa, vino a ser el abuelo de Suárez.

Félix Barrientos Villa se casó el 1.º de mayo de 1828 con Juana Jaramillo. De esta unión nació en Hatoviejo, el 16 de agosto de 1830, don José María Barrientos Jaramillo, padre natural de don Marco. Reza así su partida de bautismo:

*En la Iglesia Parroquial de N. Sra. del Rosario de Atoviejo en dies i seis de agosto del año de mil ochocientos treinta yo el Cura interino de hella, bautisé, puse oleo, i crisma a un niño que nació el dicho día hijo legítimo, de los SS Félix Barrientos i Juana Jaramillo de este vecindario, i a dicho niño puse por nombre José Maria, siendo sus abuelos paternos los SS Enrique Barrientos i Juana de Villa i Maternos los SS Cosme Jaramillo i Josefa*

*Sierra i los PP del dicho niño fueron los SS Bonifacio Jaramillo i Rosalía idem Jaramillo a quienes advertí el parentesco, i obligaciones, i porque conste lo firmo.*

*Fr. Juan C. Botero.*

José María Barrientos Jaramillo fue una persona acaudalada. Durante algún tiempo desempeñó cargos oficiales. Por decreto del 4 de febrero de 1862, el gobernador Marceliano Vélez lo nombró comandante de la guardia municipal de Heliconia. Fue corregidor (alcalde) de Ituango varios años.

Cuando en 1877 pasó por Fredonia la fuerza del gobierno que venía de Manizales, le fueron quitados 23 novillos gordos por orden de Anacleto Peláez. Era la contribución que se le había impuesto para el sostenimiento del nuevo régimen que se implantaba en Antioquia. Pero además tuvo que pagar, junto con su hermano Fernando, la suma de \$2500. Tenía por entonces una finca en Morro Alegre y se le tenía como a uno de los magnates del pueblo.

¿Quién mejor que la distinguida historiadora Teresa Morales de Gómez, en la completa biografía que escribió sobre su abuelo, don Marco Fidel Suárez, para contarnos, con la fidelidad que da el ser pariente directa, sobre esta relación?

*El 14 de abril de 1910 murió en Fredonia José María Barrientos, padre de Suárez. Mucho se ha hablado sobre las relaciones de padre e hijo. Don José María pertenecía a una linajuda y tradicional familia antioqueña, y por no ofender a su esposa, no reconoció oficialmente a su hijo Marco Fidel. Al enviudar, escribió a su hijo diciéndole que, si lo deseaba, podía usar el apellido paterno. Pero ya Marco Fidel había ganado fama para el apellido de Rosalía, la lavandera, y no creía oportuno hacer un cambio. Agradeció a su padre el ofrecimiento y le prometió que lo usaría en la correspondencia familiar. Don José María visitó muchas veces la casa bogotana de Marco Fidel e Isabel, donde se deleitaba jugando con sus nietos, como consta por sus cartas siempre cariñosas.*

## **Nacimiento e infancia**

Quienes conocieron a Rosalía aseguraban que había sido una muchacha muy buena moza y de muchos atractivos. Por eso la requirieron de amores los cachacos del pueblo y muchos de los jovencitos que iban de la Villa. Uno de aquellos fue José María Barrientos. Sorda a los demás, accedió a las demandas de este. Fruto de esos amores fue el niño que nació el 23 de abril de 1855.

*En la iglesia Parroquial de Atoviejo,<sup>3</sup> a veinte y cinco de abril de mil ochocientos cincuenta y cinco Yo el Cura Párroco que suscribo, bauticé solemnemente a un niño de dos días de nacido a quien nombré Marcos, hijo natural de Rosalía Suárez, vecina de esta Parroquia. Abuelos maternos Pía Suárez. Fueron sus padrinos Pedro León Gutiérrez y Francisca Ramírez a quienes advertí el parentesco y obligaciones que contrajeron.*

*Doy Fe. Joaquín Tobón-Cura*

Tal es la partida de bautismo del hombre que con el correr de los tiempos sería una gloria de Colombia. En ella no aparece el nombre de Fidel tal vez este le pudo haber sido agregado en la confirmación, documento que no ha sido hallado. Al margen de su partida hay dos anotaciones del presbítero Luis María Peláez. Dice la primera: “Quién creyera que en este humilde pueblo surgiera la más pura de las glorias colombianas y americanas entre dos siglos”. La otra: “Merece esta partida marco por la ampliación sublime del bautizado”.

El sacerdote claretiano Carlos E. Mesa hace la siguiente suposición, fundada en la costumbre española de aquellos días:

*Como ese día festejaba la Iglesia al evangelista San Marcos, aquel sacerdote don Joaquín Tobón le impuso al niño el nombre de Marcos y como el día precedente 24 de abril la Iglesia festejaba al mártir Fidel de Sigmaringen, doña Rosalía le añadió a su niño el nombre de Fidel. Aquí, como en los laconismos de los romanos, nomen fuit omen, el nombre fue augurio, y el niño, a la vuelta de los años, dio testimonio de Cristo con las iluminaciones de un evangelista y la fortaleza de un mártir.*

¿Y qué fue de don José María Barrientos? Pocos días después de sus relaciones con Rosalía Suárez se retiró de la población a servir en un empleo público y parece que solamente años más tarde vino a saber de aquel hijo.

Hay quienes hayan arremetido contra don Chepe Barrientos. Esa fue una de sus tantas aventuras en Hatoviejo, como otras que tendría luego en Ituango. Su esposa siempre se mostró enemiga de sus frecuentes deslices.

Es muy poco lo que se puede contar acerca de la niñez de Suárez. La madre vivía de lo que producía el lavado y planchado de ropas. En la quebrada La García, o en cualquiera de los arroyos vecinos, pasaba los días enteros en el desempeño de su labor, para luego, parte de la noche dedicarla al arreglo de todo lo que había lavado. Y se dice que se daba sus buenos madrugones para amasar en una panadería del vecindario. Y no es raro que con alguna

3 Se conserva la ortografía original del documento.



frecuencia la buena señora echara sus saliditas a la Villa, como se le decía por entonces a Medellín. Como “anillo al dedo” cae aquí la anécdota que sobre Fidelito refirió su yerno don Roberto Morales Olaya, la que, por venir de quien viene, creemos que tenga mucho de verdad:

*Allá por los años de 1858, por el risueño camino que va de Hatoviejo a Medellín, transitaban a pie una señora y un chiquillo de tres años, madre e hijo que, ajenos a la plácida hermosura de la mañana y a la exuberante vegetación del paisaje, tan solo parecía preocuparles el fin de la jornada y así andaban paso vivo, silenciosa la madre, doblegada por las preocupaciones de la pobreza y de la soledad; silencioso el chico, de natural callado y más en aquella ocasión en que por primera vez dejaba el techo pajizo de su casita para ir a conocer la ciudad capital, teniéndolo absorto los menores detalles de aquella primera y sencilla peregrinación.*

*Llegados a la capital antioqueña, dióse la madre a prodigar al chicuelo esos cariñosos cuidados de guía en que son insuperables las madres; dábale instrucción objetiva sobre cuanto se presentaba a sus ojos y se dilataba en explicaciones que el niño oía absorto y embebido.*

*Recogió la madre sus costuras, compró sus menesteres de mercado y dio un centavito de regalo al chico para que discurriendo por la plaza comprase la fruta o el dulce más apetitoso para que lo tomara a guisa de almuerzo.*

*Cuando ya caía la tarde y desaparecido el mercado, preguntóle en qué había invertido el centavo; él, hundiendo la mano en el estrecho bolsillo del pequeño pantalón, sacó un lápiz, a la vista del cual resplandecieron sus ojos como ante el más halagüeño programa para el porvenir. Con aquella prenda querida volvió a la casita de Hatoviejo a pintar las letras del alfabeto en los papelillos que venían de la tienda envolviendo la harina.*

Aquel lápiz de centavo, tras largas vicisitudes, fue trocado por la pluma: pluma que vertió en raudales la esencia de un alto espíritu, pluma que ensalzó a Cristo con ardor de apóstol, con ternura de hijo, con amor de místico amante. Muchos, por querer realzar su admiración por Suárez, han tejido anécdotas que nada tienen de realidad.

Quienes dijeron que, como otro José Mezzofanti, solía ir a sentarse al pie de una de las ventanas de la escuela para seguir desde allí las explicaciones del maestro, ¡pura fantasía! Porque María de Jesús Zapata v. de Monsalve, contemporánea del niño Suárez, declaró, bajo la gravedad del juramento, “Que le tocó ver muchas veces cómo la madre le pegaba al muchacho y le tiraba agua para que se fuera para la escuela, porque en ese tiempo era muy desaplicado”, y agregaba: “Era un muchacho descolorido y delgadito, sumamente pobre y no tenía amigos de ninguna clase”.

## Doña Rosalía Suárez

En la que llamaban por ese entonces la Calle del Aguacate o Calle Arriba, una vía no muy larga con tres o cuatro calles transversales, se encontraba la Manga del Congo. Allí se levantaron dos ranchos, en solares contiguos, pero entre rancho y rancho había alguna separación. Uno fue comprado por Rosalía Suárez y el otro por su hermana Dionisia.

El rancho de Rosalía no se conserva tal como fue levantado. La parte posterior que comprendía otro rancho igual al actual, y donde estaba la cocina se fue a tierra hace muchos años. Una pila que había frente a la casita y donde recogía agua el vecindario, un alcalde de ingrata memoria, un estulto de esos que no han faltado en todo pueblo, la hizo destruir. Finalmente, un mango, de gran tamaño, también fue víctima de otro alcalde. Milagrosamente, pues, logró conservarse, desde 1948, lo que hoy se guarda en hermoso monumento, gracias a la generosidad de la empresa textil Fabricato.

Dos hermosos textos, aparecidos con ocasión del centenario de don Marco, nos ilustran la imagen de doña Rosalía. El primero es de la escritora y política payanesa Josefina Valencia de Hubach:

*En pocos casos, como en el de don Marco Fidel Suárez, el recuerdo del grande hombre suscita inmediatamente el de la madre. Porque si realizar plenamente la vida de la inteligencia y de la capacidad humanas demanda un esfuerzo tenaz y constante en los mejores medios, en ambientes familiares cuya estabilidad influye directamente no solo en la mente sino en el equilibrio emocional del niño; ¡cuánto mayor empeño requerirá sobreponerse a circunstancias adversas ajenas por completo al humano querer! Quienes en estas condiciones llegan a la cumbre, demuestran valores humanos muy grandes que deben buscarse especialmente en la madre.*

*Doña Rosalía Suárez puede considerarse bajo ciertos aspectos como mujer esencialmente colombiana, representante auténtica de una clase social cuyas circunstancias singulares de vida han sido fijas por una anticristiana y extraña legislación que al aceptar en los registros de nacimiento la frase: padre desconocido, parece que tuviera la facultad de borrar de la conciencia del hombre y de la sociedad la obligación ineludible contraída con la mujer y con el hijo.*

*En la manera como la señora Suárez se sobrepuso a su destino, hay mucho que le es peculiar y que ha servido y servirá de ejemplo a nuestras mujeres: el respeto a la vida, máximo don de Dios; el amor al hijo, razón suprema en la existencia de una mujer y la sujeción a la ley de la naturaleza. Porque un hijo nacido al margen de circunstancias favorables es generalmente considerado una carga, una maldición, un obstáculo del que hay que salir*

*en cualquier forma. Quienes así obran no valoran el milagro de la existencia; no meditan en el misterio de los destinos humanos y no cumplen con un mandato de la naturaleza.*

*Doña Rosalía Suárez demostró sus recias condiciones humanas; su fe en los secretos designios de Dios y su fuerte personalidad, al recibir con amor a su hijo; cuidarlo con ternura en su infancia; guiarlo mientras lo tuvo a su lado y proporcionarle adecuada formación y magnífica educación con su rudo trabajo. Por suerte para ambos, transmitió a su hijo las condiciones que hicieron de él un hombre de bien. El mejor elogio de la madre es el reconocimiento del hijo. Por esto, al exaltar la eximia figura de don Marco Fidel Suárez, es ineludible rendir un tributo de admiración y gratitud a quien, superando un sino adverso, dio a Colombia uno de sus grandes hombres.*

El segundo, mucho más familiar y tierno, es de Isabel Morales Suárez de Wiesner, nieta de don Marco, refiriéndose a su bisabuela:

*Me parece de justicia que se recuerde a mamá Rosalía porque mi abuelito tuvo afecto y veneración por ella y la llamó “la abejita adorada de mis sueños”. “Tenía amplia frente, grandes ojos de mirada penetrante y una expresión de mirada de dulce firmeza. Dicen que mi abuelito se parecía mucho a ella.*

*Era morena y bajita; no aprendió a leer ni a escribir. Se levantaba muy temprano y trabajaba incansablemente todo el día. Nunca dejó de rezar el rosario por las tardes. Hablaba con el acento y los modismos antioqueños muy marcados y en cuanto a comida siempre prefirió la de su tierra. Como a las demás mujeres humildes de Antioquia, le encantaban unos tabaquitos delgados llamados “calillas” y fumaba con la parte encendida dentro de la boca, según usanza de las lavanderas.*

*Sus costumbres eran muy austeras, como lo fueron las del hogar de mi abuelito; tanto que mi mamá siendo hija del presidente de la República, solo aprendió a bailar después de casada, porque mi papá le enseñó. Mamá Rosalía siempre estaba pendiente de que Fidelito —como le decía a mi abuelo— comiera y descansara bien y nunca dejó de arreglarle la ropa ella misma. Fue muy discreta, casi nunca reía y era profundamente religiosa.*

*Rosalía Suárez no fue una mujer cualquiera. En las condiciones adversas de pobreza, ignorancia, ínfima posición social y además soportando el peso de una culpa que recayó sobre ella solamente, como ocurre siempre en casos semejantes, intuyó con perfecta claridad que de su vientre había nacido no solo una vida, sino una inteligencia. Presintió el destino de su hijo y comprendió que para vencer los obstáculos que él habría de encontrar en su camino, ella tenía que ser decidida, tenaz, segura y valiente, y convencida de su misión consagró todas sus energías a realizarla. La certeza que tengo de que Rosalía Suárez fue una mujer no solo meritoria, sino realmente extraordinaria, se hace más fuerte en mí cuando pienso en el gran número de mujeres que disfrutando de todas las condiciones propicias para la orientación y el triunfo de sus hijos, resulten inferiores a su tarea y aun a sus propios deseos de llevarla a cabo.*

*Todos sabemos de nacimientos que no se cumplen y de infanticidios atroces cometidos por mujeres que quieren ocultar sus faltas o librarse del hijo que consideran un estorbo. Son tantos los niños abandonados que los asilos resultan insuficientes para albergarlos. La mendicidad y el trabajo infantiles constituyen un impresionante y doloroso problema social. Para las madres de todos esos niños la abnegación, la lucha y la victoria de la humilde lavandera de Hatoviejo son un ejemplo de cómo la maternidad puede ser el camino de la redención y de la superación de una mujer, por sola y desamparada que se encuentre.*

*Ella solía trabajar en las casas del pueblo, pero después del nacimiento del niño se dedicó al lavado y arreglo de ropas en su propia choza a fin de estar más cerca de él, cuidar de sus alimentos y vigilar sus juegos. A pesar de su pobreza, doña Rosalía nunca pensó, como desgraciadamente ocurre con tanta frecuencia, en acudir al trabajo del pequeño como una ayuda para el sostenimiento del hogar, sino que duplicó su esfuerzo y, después de la penosa labor diaria, en la noche doblaba tabaco y hacía “calillas”, con cuyo producto atendía los gastos del vestido y de los útiles escolares. Con solicitud amparó a su hijo en todos los instantes de su infancia y su adolescencia y con sus propias palabras y sus actos modeló los caracteres de su alma y determinó la orientación futura de su vida. Don Marco lo reconoció siempre así y la llamó bellamente “la abejita adorada de mis sueños”. Fue ella, “la abejita”, quien puso en el espíritu del gran humanista la semilla del sentimiento religioso, de la modestia y de la bondad que lo caracterizaron como hombre. En sus brazos cansados de lavar encontró él unidas la ternura y la fortaleza que habrían de acompañarlo hasta el final de su camino. De ella aprendió a ser firme en la adversidad, a vencer las resistencias, a creer en sí mismo y a luchar hasta la victoria...*

Otro trae a cuento una marranita, que dizque el niño quería mucho porque se la había regalado su padrino de confirmación. ¿Por qué este tejedor de mentiras no dijo cuándo y dónde fue confirmado y también quién fue ese padrino dadivoso? Y hasta nos regala con un dato muy curioso: que la “puerquita” de marras se llamaba Maravilla.

Contaba el niño algo más de 6 años cuando nació su hermana Soledad, el 21 de octubre de 1861, Solita, como él siempre la llamó.

## **“Dios proveerá, hijo mío”**

Sí, por oscuros que se presenten los caminos de la vida, la fe en la Providencia nos salva. ¡Y cosa rara! Ese pensamiento del vate inmortal, transcrito en el diamante de sus versos, era también, sin que ella lo supiese, un pensamiento que repetía mucho [mi madre], una de las criaturas más humildes que conocí y cuya imagen y cuyo recuerdo guardo en mi corazón, aunque este no sea

suficiente a resguardarlos contra la insania de los hombres. El pensamiento de ella solía ser “Dios proveerá, hijo mío”.

La madre del señor Suárez murió el 14 de marzo de 1917, en la capital del país, siendo él ministro de Relaciones Exteriores. Su partida de defunción dice textualmente:

*En la parroquia de San Pablo de Bogotá, a catorce de marzo de mil novecientos diez y siete, murió Rosalía Suárez, hija legítima de Cayetano Suárez y Pía Jaramillo, natural de San Pedro en Antioquia, de ochenta y cinco años de edad, soltera. Se administró.*

*Doy fe, Emigdio Martínez G.*

El entierro se efectuó al día siguiente. Mucho se ha fantaseado sobre la redacción de los carteles mortuorios, pero su forma más auténtica parece ser la siguiente, proporcionada por don Rafael Bustamante, por aquel tiempo secretario privado del señor Suárez y a quien este la dictó para llevarla a la imprenta:

*La señora Rosalía Suárez descansó en la paz del Señor. Sus hijos Soledad y Marco Fidel Suárez y sus nietos piden una oración por su alma e invitan a las exequias que se celebrarán mañana, a las 10 a. m., en la iglesia de la Tercera.*

En la sentida carta del señor Suárez a don Víctor Gómez-Belmont (secretario privado de aquel en el Ministerio de Instrucción Pública), fechada el 21 de abril de 1917, se leen estas bellas frases de las que se adaptó la letra para la composición coral de Juan Domingo Córdoba, “Elegía a una lavandera”, estrenada durante la celebración del sesquicentenario del natalicio del presidente Suárez en el año 2005.

*Se nos fue la adorable madrecita, mi bienhechora, mi compañera, mi amparo y ejemplo. De más de ochenta años, estaba hace treinta consagrada a la piedad, al trabajo y al silencio. Mi aspiración y lo que pido a Dios es que me permita imitarla en mis últimos años, librándome de este torbellino de trabajos y zozobras. Estaba tan sana y robusta, que los médicos se admiraban de no hallarle rastro de arterioesclerosis, ni daño alguno proveniente de la vejez [...]. Hubiera podido vivir muchos años. Cúmplase la voluntad del señor. Se durmió como un niño, después de delirar hablando siempre de su fe y de sus divinas esperanzas. La amortajé con su hábito de san Francisco, la coloqué en su humilde ataúd y parecía una santa. Muchos amigos me la llevaron en hombros hasta su sepultura, y cuento entre los beneficios que agradeceré para siempre esa singular muestra de afecto que ella, no yo, merecía.*